

APARECE UN INSTANTE,

NEVER MORE

MALVA FLORES

bonobos

APARECE UN INSTANTE,
NEVERMORE

Colección  Reino
de
Nadie

APARECE UN INSTANTE,
NEVERMORE

MALVA FLORES

D

Literatura
UNAM



bonobos / poesía

2012

Este libro fue escrito gracias al apoyo del
Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Aparece un instante, Nevermore / MALVA FLORES

Primera edición: septiembre de 2012

D.R. © Malva Flores

D.R. © Bonobos Editores S. de R.L. de C.V.
D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
04510, México, D.F.

ISBN (UNAM): 978-607-02-3559-7
ISBN (Bonobos): 978-607-8099-34-4

www.bonoboseditores.com.mx

Impreso y hecho en México

*Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.*

a Paz López de Flores
in memoriam

For us, there is only the trying.

The rest is not our business.

T. S. ELIOT

Preámbulo forzoso

[New]

Make it new

dijo Pound.

He olvidado la fecha

 No su rostro vencido por la ruina
el cabello flotante
sus arrugas de piedra

 —culebras de Medusa crispada
por un rayo largo y lacio como
una temporada de caza
sin perdices.

¿Qué perdices?

¿Acaso alguna vez rozaron las perdices
las fauces de los perros

 con sus babas de hidra
 manchando la mañana?

el vuelo de su sombra
era un bozal con alas.

Make it new

pero

qué es *new*

En dónde lo buscamos.

[News]

“A este pan moscovita

le hizo falta anís”

(“umbelífera” dice

Wikipedia cuando quiero saber

de la semilla)

Anís

anís y moscovita

Hogaza que no sé si continúan horneando

las matronas rubísimas en Rusia

si alguna vez San Petersburgo olió su fino condimento
y hoy la muchacha del mohín fruncido

en el cibercafé

habla con la jactancia de quien

jamás salió de su colonia

y está al tanto de todo

Ya no hay *new*

hay *news*

Veo los brazos y las trenzas doradas
veo su afán frente al horno que cocina
los bollos de la gran emperatriz

la de todas las Rusias

Catalina

¿me escuchas? te gritaría Gonzalo:

Ya no hay *new*

hay *news*

y sí:

les falta anís.

[Raven, raven]

Black was the without eye

TED HUGHES

Sin estremecimiento:

círculos y círculos

en la claridad sin mancha de la hora.

Son las seis de la tarde en el despeñadero

y el sol es ya un fermento de frutos

a cielo abierto

un adorno de insectos chocando

en las mejillas.

Raven

raven

¡Nevermore!

—que vuelva con Leonora el cuervo

de románticas plumas

digo

mientras pateo botellas

algo que fue agujeta

una bola de qué:

papeles

miles de hojas planeando

a ras de suelo:

No hay una sola línea

manuscrita

altas letras

gorda tipografía

números

gráficas

rozando en mis rodillas cuando de nuevo

grito

Raaaaaveeeen

Un cuerpo sin metáforas

es decir sin zapatos

hinchado como el vientre

de la mujer que busca en lo que hay

aparece a las seis de la tarde

en el deshuesadero.

En la ronda del aire el ala toma vuelo
Como que vuelve al cuerpo pero asciende
otra vez
remonta la columna
y un ojo con pupilas de estaño
va saludando al aire

Sin metáforas rueda
la cabeza desprendida del ojo
que ya sube en el avión del pico
del negrísimo pico

¡Raaaveen!

Aparece un instante

Nevermore.

Arriba

amplios
círculos y círculos
de tendido vuelo zopilote

y yo buscando al cuervo
que se me ha perdido.

[A LA BUSCA DE QUÉ]

A la busca de qué...
recopilando ranas
metafóricas ranas
batracias de la forma
que nos viene a decir: aquí
se da el poema
 en el verde
en la textura aérea y policroma
del faisán

(—volar no puede
 No pudo nunca la verdísima
rana en el acuario)

O escribir de un señor que se muere
 de andar
de sólo caminar en tránsito avenida
 un Prufrock sin espinas
domesticado en nada

muere
 global
 de helio va flotando
 sin palabras
 un señor que camina
 sin escuchar las voces de la loca
 que se refocilaba en Soria
 (—en Ávila, dirás
 —qué importa mientras dure
 el deseo
 de la forma:
 tonada mata
 geografía
 —Historia para qué
 fragmentos)

O del balar doméstico
 parodia:
 por dios
 Irreverencia
 que no hay Ponto

ni Gea

sólo un juan de su madre sin mayúsculas

Al trote de bufones de feria

intertextualidad

conciencia

de la nada que hay

—¡Atrás!

pedías con cadencias de lírico:

la piedra es sólo el corazón

de lo que hubo primero

El compás va después

cantando la melodía del plano que se afana

en fundar lo que en principio

hubo...

O

escribe con la lengua

que te sea familiar:

Tropo

*Por tu plateada orilla de eucaliptos
salta el pez volador llamado alondra,
mas yo estoy en la noche de tu fondo
desvelado en la cuenta de mis muertos*

GILBERTO OWEN

I

CORRO en la magnitud del día

y ya es de oro

el sol

en la ribera del río.

De la quietud de sus aguas

se va nutriendo el paisaje y bebe

una savia dúctil

—ámbar de luz

la cañada se irradia:

bebe su propio asombro.

Corro en la magnitud

demorando los pasos y el aliento

en el rosa acerado del anturio

—en la corola aérea
de cuantas flores danzan
en el borde.

Dentro de mí
se agolpa todo el polen
la melodía porosa
del diente de león y su roseta móvil
remisa a los destierros
porque su patria es viento.

Dentro de mí
la sangre es temporada de caza.
Su vago olor
de azúcar sube hasta mi garganta.

LARGA GOTA de luz
es la ribera.

En su bochorno
el fervor de la hierba es un rumor de estío.

Me apura en los tobillos
un salsipuedes del barro
—una codicia de viento respirable.

Dejo mis pies a las crestas del agua
—a su comedimiento
ofrezco las huellas vacilantes
y voy reuniendo piedras
hojas del gran helecho

como si el día aturdido
en la complacencia de lo mínimo
fuera un caudal que inesperadamente
dejara en la ribera cientos de blandas semillas.

Como si este mismo día
me ofreciera un plato de goces
hace tanto olvidados y el aire
se limpiara los ojos en la dorada transparencia
admirando este campo bruñado:
nuestra fragilidad rodeada
de otras hierbas del alba.

Ruedo en la plenitud de estaño.
En su clemencia de rocío
desnudo el cuerpo
ante la claridad.

II

NUNCA tuvimos apetencias mayores.
Entonces era el impulso del salto
el rostro respirando todo el viento posible.

Así:

de golpe
como la tibia rama de la higuera
que al abrir la ventana
nos revela la opulencia encarnada
de sus frutos.

Compás de columpio nuestro arrojó
en su horqueta:
veranda
de una hora que jamás terminaba
sólo fluía.

Como dibujo de largos trazos firmes
un canturreo febril
alzaba nuestras manos

maduraba la sed
en las pupilas
y el color
que apacientan las frutas del verano.

Era el estrecho roce
con las formas del mundo
nuestra casa.

—Habitación

por donde entraba el aire
y el abrazo sencillo de los ojos
medía con un rumor de arenas su amplitud.

Nadie nos dijo
nunca
que eso era el amor
y hoy lo adivino al otro lado del río
brillando aún
—en esa luz.

NADIE nos dijo:

nunca

conocerás más que en su sombra

el soplo

—y creímos hallar en la arista de ásperos metales

el hálito fragante de su simulación.

Confundimos

el lustre original con la avidez del cuerpo:

la demorada luz de una asfixia

impuntual

que negociábamos contra el peso del día

esperando aquel sí tembloroso

como cascos de yegua núbil.

Y el fósforo imprudente

el amor

era pezuña ciega forzada en el galope

por una tierra blanca para la fiebre.

Dura

larga

imprevista malaria

alimentando el roce de crujidas cadencias

el aura

de una resurrección en la carne que a veces florecía

de la noche convulsa.

Aquello fue alguna vez el cuerpo:

urgencia del ahogo

abalorio de gulas.

III

EN ESTA ORILLA del río
el día transita como una gruesa espina:
argamasa de canas y guijarros vidriosos
que buscan el torrente en mis dedos.

Y ¿qué voy a contar?
¿el número de vueltas
de la rueda?

Como si mis manos fueran las mismas
llevando dijes de flores raídas.
Como si al patear estas piedras del río se levantara
el polvo de cierta tierra roja
—más roja aún porque ya hundi
los dedos en su rala materia
y nada extraigo
de aquellos minerales sin nombre

opacos
y equívocos.

Como si los labios fueran almagres
de lo que no pudo ser
y va siempre coreando su voluntad de anillo
y mi voz
fuera un coral lacrado
y cien de ellos
y todos los corales
juntos
en su soberbia muda
que bosteza.

Así me encuentras hoy
con el agua hasta el cuello y me asomo
hacia el lecho del río
donde insisten los líquenes porfiadamente:
en sigilo amoroso se abrazan a su piedra
la arropan
dibujan su color verdinegro en la piel de las rocas
y desgastan sus agudos contornos.

IV

UN ÁNGEL sin espada va por la otra ribera.

Lleva en la mano izquierda un manojo

de lumbre

que acaso reconozco.

—Pero es su luz tan magra.

Aunque una voz me insiste

que no hay ángeles ya

—ni dónde reclamar—

descubro el eco de flama en sus pupilas

—la combustión

de todo lo que irrumpe a su paso.

A la distancia advierto

—junto a él—

la catadura de un pura sangre dócil

que entretiene el hervor de sus belfos ansiosos

en la anuencia modesta de la hierba.

UN ÁNGEL.

En medio del follaje

un ángel

sin espada.

Seguido por trotes del caballo

en las ondas del agua va recogiendo espuma.

No hay.

No hubo nunca

repite aquella voz de metálicos timbres

mientras el ángel cierne una gramática

de sal

—de barro las ligaduras

con las que va escribiendo

aire.

Con la mano acaricia una piedra pulida escasamente

por el roce del viento en Isla Negra.

Del cinto

se desbordan madejas

hilos de esmerilado cuerpo

agujas.

Y río
mientras salgo del agua
río
para cubrir la desnudez
de mi carne.

QUIERO ALCANZAR al ángel
con los ojos
quiero mirar su brillo de oro movedizo
y confortarme en él
como si fuera bálsamo
—como si fuera balsa
subir mis aparejos ordinarios.
Pero el ángel se aleja
abandona
la orilla lentamente.

CABALGADURA INÚTIL el caballo

que tira

de un gran carro de plata. Montura

para otras lides concebida

alcanzo a ver sus ancas de dura espina solar

—su magnífico cuerpo

de acentos amaestrados

—su contenido exceso.

¿Qué va coceando

qué guijarros de sombra

mastican a su paso

liebres

insectos disgregados

por la estridencia de un coro de cigarras

que frotaron su cuerpo

toda la noche

contra la piel del árbol?

La luz del ángel desordena el paisaje
y agita la matriz de las ramas.

Frutos de color inmaduro

penden de los sarmientos:

son cabezas sin torso

brazos

ojos

de cuántas niñas

las yemas de unos dedos

que arrojaron el sueño de sus hijos.

Con el hilo de espuma el ángel

junta aquel destazadero

y zurce

mientras sutura

canta

para mirar los rostros

unidos a su sombra completa.

V

LOS MARCHANTES de la memoria
tienen olfato de galgo.

Quién sabe de dónde brotan
vendedores de urnas y collares
de ambigua procedencia:

pobres

pedras de color untoso

tréboles

suspendidos en minúsculos dijes
de plástico azulino

nomeolvides de lata.

La jauría consiente la presencia del ángel

porque no tiene plumas

porque no tiene alas.

Ondean su rabo

frente al olor de acero

del caballo y muerden

sus cascos luminosos.

¿Qué van diciendo
qué irritan con su aliento
esta mañana que extiende su aluminio
como una manga de langostas?

Camino de la plaza

van los perros
mordiéndose las patas
corren
frotando los hocicos hirsutos
contra los adoquines.

LA PLAZA es un jardín de cables.

—Sus flores

digitales desarbolan el aire
como una pauta que en sostenidas notas
devolviera una misma canción.

Carpas de cuanto hay
tendedero de voces
 las palabras
son prendas de indistinto color
colgando de los troncos de luz.

Enamorado

del sonido de las formas
el ángel canta en medio de la plaza ocupada

—su voz es un hilván:

pespunte de inaudible rumor.

VI

[Diario ambulatorio]

LUNES

Con los ojos sumidos en cadencias
del agua

—en la verberación de todo

lo que murmura el río
nada perturba el gozo del sol en la ribera
salvo un ave
de brevísimas alas.

Ha venido a decirme que te estás muriendo
y no hay salvoconducto que me lleve
hasta ti
al doméstico afluyente de tu risa
a tu bondad sin mancha.

Y tu hijo trasiega papeles sin retorno
abre el surco en un suelo reacio
a las semillas
y mira tu boca muda
ocre como la bilis
que te está llevando a quién sabe qué
sitio sin palabras

y yo aquí

mirando la centella de plumas
que ha venido a decirme que te estás muriendo
en un cuarto sin nombre
lejos de tus mansos enseres
—de tu encendida
caridad.

En todo veo el hollejo de tu cuerpo.
En la piel de mis manos.
En la sombra que mis hermanas tejen
con su llanto.

Y todo me da miedo
y aborrezco esta lluvia tan fina que sosegadamente
quiere lavar el río donde alienta tu rostro
—ágata viva.

MARTES

Llegó el salvoconducto. Es verde
y tiene dibujadas las letras de aquel nombre
que nunca te gustó:

Paz

Pachi

Pacecita

“Pase o carnet”

repite oblicuamente

el centinela

por cuyas venas corren negras piedras

de tedio

porque no puede ver

porque no quiere vernos.

Si tan sólo alzara la cabeza

al fin

sabría.

MIÉRCOLES

He regresado
a la ciudad que amé
para mirar tu cuerpo:

ronco tulipán amarillo.

Unos topos trajinan
su blanda incompetencia
con tubos y mangueras

y no te dejan ir.

La ciudad es un inmenso charco
de aguas pardas
como un charco de bilis
es tu cuerpo

y no entiendo por qué.

Tan lentamente.

No de este modo
debió ser

para ti
y me niego a pensar que así está bien
que es suerte quedarse sin patria
pues todo lo que nos quitan
crece
como un cáncer de luz
en nuestros corazones aturdidos.

JUEVES

Cero

cloro

piélago

de sodio puro.

Palabras

descompuestas en un mismo

cordón umbilical

que es fibra de oro

cosida a los tobillos.

Y ese sol

caminando hacia dentro

por cada uno de tus poros

paso a paso.

Paz:

colonias de astros diminutos y vivos

hacia tus huesos van

—tomados de la mano

bailan

cantan

aquel poema que susurrabas

jubilosa.

VIERNES

Pacecita

está linda la mar

y te voy a contar de aquellos elefantes

—de malaquita

el kiosco donde quiero que duermas

y de tisú los velos que te arropen.

Hoy no puedo escuchar aquella alondra

mas sí tu acento

aquí

incluso aquí

en el cuarto con número

y sin nombre

donde te estás muriendo

esta tarde

de amortiguada cal.

SÁBADO

Tal vez guardaste entera nuestra bilis
y era tanta
que has tardado en limpiarte
para salir al fin
con armadura limpia.

Acaso esperas agotar con tu aliento
la bolsa de tropiezos
que echamos a tu rostro sin sombra
de pecado
para cargar con ellos y así
borrar
interceder
en el momento justo
ante ese dios sin ojos
que esta tarde también
me decepciona.

Quizá deseabas vernos
reunidos junto a ti
pero uno sólo
—pase o carnet—
de uno en uno
tan despacio.

DOMINGO

He regresado
a la ciudad que amé
para besar tu cuerpo de diamante obstinado
para pedir
hoy como nunca
un trozo de verdad
en tu plegaria cristalina
—y *Dios*
que es grande
cuide de lo pequeño.

VII

DE NUEVO frente al río
sin Dánae
sin Nilo
sólo el hilo poderoso
del agua donde viene a lavar
su piedra el ángel mitigado.

Ha vuelto solo
jalando la carreta de sus dádivas nimias.

Imágenes
imágenes vendía.
En la plaza
sólo hubo sitio para puestos de sangre
cuarzos
y prontuarios de yoga.

Ha vuelto sin montura
contando sus monedas de trapo.

Acaricia la piedra
—inútil
talismán.

Y ríen.

Sus encías de sarro
se sonríen.

Frente a la claridad
entonan una canción con gracia de corneja.

POCOS ADVIERTEN la voluntad del miedo
su peso de tonel o el tibio
estiércol de la fe que celebra.

Creen

conocer su nombre y a veces
lo pronuncian como quien dice

llueve
son las seis de la tarde
ayer nació mi hijo.

Como el amor

crepita

irrumpe
con sus venas de vidrio.

De ensortijada sombra
esa brasa mestiza que desdobra su cuerpo
y bebe en tu espina dorsal
se nutre de sus hijos
—esas ciegas esporas
que tu saliva arrulla con tan lenta canción
—esas larvas de lumbre

que por tus ojos van
adentro
con bisturí de hielo
sembrando agria levadura de estrías.

AQUELLA TERCA VOLUNTAD

ahí legisla
sobre el destazadero sin palabras
reina.

Y todo me da miedo
porque no escucho voces
sólo sílabas mancas.

Y sólo veo fracciones
de aquel oro bruñido pues ya no atisbo
lianas
ni letras
que con su abrazo traduzcan
la luz de la materia:
—la dilatada danza del árbol
con su aire flexible
—la memoria del viento
sobre la pelusilla del verano
—la domesticadura agraz
de nuestros besos.

VIII

ALGUNA VEZ supimos

reconocer al árbol

por *sauce de cristal*.

Por un *dado roído*

la dura Tierra donde acaso las voces se reunían

—preñaban con su albor

la sal entera del océano

y devolvían esa forma redonda

a lo que era posible.

Alguna vez dijimos:

agua

luz

ceniza

y ligamentos

—que las palabras

vivas

se fundan con su astro

reverberen.

Y probamos el fermento
en las cosas
y el ocio de trasver
era el certero tajo de la espada
—cuchilla
para saber la miel de las naranjas
—espejo
para mirar los rasgos
de algún rostro verdadero.

HOY ME MIRO en el río
que tan pausadamente ha perdido
su sombra
porque las nubes borran
el oro del afluente
y el horizonte es nudo
—maraña de las nubes
velando la nitidez del agua.

IX

COMO SI FUERA BRIZNA
como semilla arrojada
al torrente por el pico
de un ave de gran envergadura

—alas

nubes

recorren la cañada

y se suelta la lluvia—

voy.

Entre cuencos de nada

corro.

Tropiezo en la ribera de sombras

porque no puedo ver

porque no quiero ver.

Si volteara una vez

al fin

sabría:

Me equivoqué. De lado a lado
del río se va erizando
espuma.

Como un grito cobrizo
la ira de sus notas
va derribando troncos
vacas
perros
embebidos de lodo
que asoman las cabezas
como lirios de sangre.

Me equivoqué
de río
de hora
y es de agua
la cortina sin aire
que se hincha.

En su lengua voraz
se confunden las ranas

el aullido sin rumbo de las bestias
que ayuntan su cerviz
contra la sed del río.

Y muge
con un sonido largo
tembloroso
de espanto.

UN AVE con plumaje de aceite
frente al turbio clamor de la tormenta
soy
un salsipuedes
del barro.

Intento huir
abandonar
el lodo pegadizo
asirme de una rama del aire
por el pico
—por el ala
quizá de una palabra.

¿Qué pueden pico
ala
cielo
de tanta nube?

¿Qué
corrompidas notas

van hurgando un reclamo
en los labios?

y ni siquiera sé

cómo fueron a unirse

las aguas en el despeñadero

donde caigo.

NADA

que puedan juntas
las palabras nombrar
dice.

Sólo el ruido del agua
chocando con las piedras
dicta el perfil desbocado del río.
Su estruendo de badajo
asfixia la cañada.

Voy.

Entre ramas sin nombre
desciendo
atribuladamente.

En el dominio del tumbo
viajo
sin luz
sin barca.

Sin la red
de una sílaba
caigo
en la ciega corriente.

Epílogo

[Acuse de recibo]

para José Luis Rivas

“Tira

la flor

de encantamiento

—esa

la veleidosa—

la roja flor

de la historia personal.

El rencor de sus pétalos pardos
es un muñón de flor

un pistilo de cáncer.

Ya fue su maravilla.

Una tarde cualquiera
en la esquina donde alzabas los ojos distraída
conforme con lo tuyo
midiendo lo recto de la calle

—el horizonte ahí
a tiro de piedra
 y luminoso.

Entonces fue.
En la esquina donde pasó
la flor y no advertiste
cómo agitaba la mano
despidiéndose

—esa—

la flor doméstica
de aquella maravilla
que pasó. El aliento
de lo que fue y no fue
y no va a ser ya nunca.

Tira la flor.”

[Vuelta]

Tantos años a tientas
revolviendo papeles que ya nadie visita
trastos de ollín
 signos y señas
en un país que fue.

¿Gané o perdí?

Todos los muertos pesan. Vuelven
bajo la hora confusa del verano
 desordenadamente
mascullando las letras de su nombre
en un caos de palabras
 voces
 gestos
que ya no tienen sitio.

Las cosas están siempre en su lugar
 me dice Adolfo:

el columpio en la higuera
la naranja en su cesta
y el fulgor en las alas
del manzano.

Make it new

dijo Pound:

Oigo crecer

la selva a ras del tragaluz
y *recomienzo*.

Índice

	11
	13
Preámbulo forzoso	15
[New]	17
[News]	23
[Raven, raven]	25
Tropo	29
I	33
II	36
III	42
IV	45
V	58
VI	63
VII	66
VIII	73
IX	75
Epílogo	77
[Acuse de recibo]	
[Vuelta]	

Aparece un instante, Nevermore, de Malva Flores, coeditado por Bonobos Editores y la Dirección de Literatura de la UNAM, se terminó de imprimir el 28 de septiembre de 2012 en los talleres de Cigome S.A. de C.V. (Vialidad Alfredo del Mazo 1524, Colonia Ex Hacienda La Magdalena, C.P. 50010) en Toluca, Estado de México. Se tiraron 1000 ejemplares en offset, en papel cultural ahuesado de 90 gr. Se utilizaron en la composición tipos de la familias tipográficas Chaparral Pro y Bauer Bodoni BT de 10.5 y 15 puntos, respectivamente. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Amelia Suárez Arriaga.